Transgresiones de la sensibilidad

"a ver cuándo me hace usté unas poquitas"

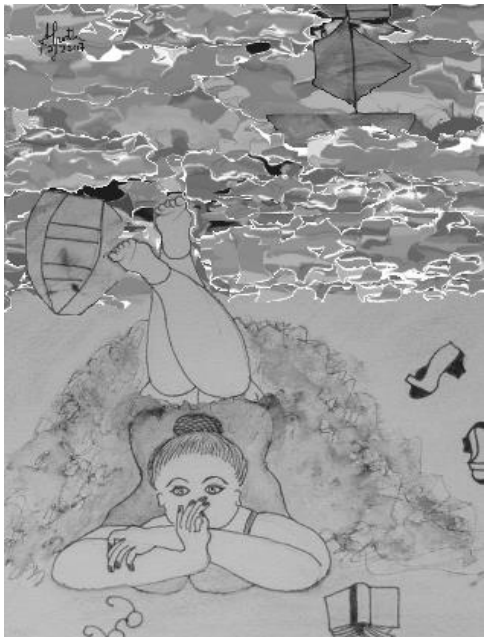
Porque la tía Nines era gordita… por decirlo suave, o por lo menos con la suavidad que lo decía el abuelo Apolonio, que la adoraba.

Pero se la adorase o no — que como es natural tenía también sus detractores — en lo que había que estar de acuerdo era en que siempre fue una verdadera monería de gorda con su cinturita, muy bien marcada, y sus tobillos finos y su busto tan firme; y su boca tan roja y aquellos ojos suyos y… aunque para qué describirla sí, entre las fotografías encontradas en una caja de alfajores La Estepeña que permaneció durante años olvidada — hasta que nos cambiamos de casa y en la mudanza se vaciaron todos — en uno de los cajones del escritorio, apareció ésta de la única vez en toda su vida que salió de casa[1] para, por cierto y qué comparaciones tan tontas pueden hacerse a veces, poner sus piececitos desnudos en una playa.

Pero no se ahogó; o no porque no supiese nadar – que en verdad no sabía – sino porque pese a todos los ***dimes y diretes*** (que es como Alicia Lastra[2] nunca llamó a los "chismorreos" pero ciertas pretensiones literarias trascribieron así) Nines no cometió, hasta el fin de sus días, ninguna insensatez irreversible…

(Continuará)

---

[1] Entendiéndose por "casa" obviamente no las cuatro paredes que nos resguardaban del calor o la lluvia o el frío sino el mundo tan particular en que habitábamos y por el que ella se movía, con sus tacones de aguja, como pez en el agua.

[2] Su "alter ego" durante los pocos meses que mediaron entre la espantada que pegó Gracia Clotilde cuando se enfadó y la destitución de la Aranguren mediana, que dejó de ser Genoveva – la Genoveva que habíamos conocido todos desde siempre – para ser reemplazada, en la persona de Lorena Freile, por una tal Georgina de la que se murmuraba había intrigado y empleado malas, pero que muy malas artes, para deshacerla.